

Riopar, ya plenamente documentada, que en este número de AL-BASIT se nos cuenta a todo lo largo del medievo. Y de esta etapa interesante de la historia del pueblo, a raíz de la conquista cristiana, nace el monumento artístico que nos legaron: la iglesia antigua del lugar.

La descripción económica y social del Riopar de mediados del siglo XVIII es imprescindible para adentrarnos adecuadamente en la etapa más interesante de su historia. Porque la verdadera gloria histórica de Riopar es más moderna. Y no es una historia de batallas y de sangre, como la anterior, sino de paz y de progreso.

Tendrían que pasar muchos años, hasta 1772, para que este antiquísimo pueblo fundado a la sombra del castillo empezara a contar otra vez —y de una forma más positiva y fructífera— en la historia de España. En este paraje, escondido entre montañas agrestes de vegetación exuberante, lejos de todas las rutas de comunicación, lejos de todos los puntos industriales y económicos del país, se crearon las primeras fábricas de latón de la península. En este olvidado rincón nació otro nuevo mundo económico, empezó el resurgimiento de la industria metalúrgica española. Donde siempre se había escuchado tan sólo el silbido del viento en la copa de los pinos o el bucólico balar de las ovejas, surgían ahora nuevos ruidos extraños y metálicos, procedentes de los martinets y las fraguas. Y el agua, que discurría alegre por entre los finos guijarros, se veía ahora obligada a dar impulso a las ruedas de los batanes y las máquinas.

Un fenómeno inevitable de la creación de las fábricas fue el abandono paulatino de la antigua villa. En el sitio llamado de San Juan, alrededor de las instalaciones metalúrgicas, se inició una población moderna. Y Riopar, el ancestral pueblecito fundado por los árabes a la sombra de su castillo, empezó cada día a ser más pequeño, porque, como es lógico, sus habitantes se iban a vivir donde tenían un trabajo más rentable. Prácticamente, de esta forma pacífica y natural, aunque causara inevitables trastornos sociales, fáciles de imaginar, las fábricas se comieron el pueblo. Y hasta el Ayuntamiento y la Parroquia, con el tiempo, fueron trasladados al establecimiento metalúrgico.

Riopar ahora es tan sólo una pura reliquia del pasado. Una población que no ha sufrido variaciones desde finales del siglo XVIII. Unas cuantas personas, —menos de veinte— que también parecen salidas del pasado, que viven como sombras, como fantasmas históricos, habitan este pueblecito donde el tiempo se ha detenido para siempre. Si la revista AL-BASIT tuviera otro carácter, si estuviera dedicada al sensacionalismo periodístico más que a la investigación, no cabe duda que podría haber publicado un impresionante reportaje sobre este pueblo abandonado y sus pocos habitantes-sombras. No obstante, no desdeñamos un estudio sociológico actual sobre los enormes problemas que inevitablemente debe padecer una población en tal estado. Y lo publicaremos en su día, cuando hagamos un estudio científico y completo sobre el asunto. Riopar es un municipio sobre el que habrá que volver muy a menudo en esta re-